

Crítica de libros

Steven Sándor John, *El trotskismo boliviano. Revolución permanente en el Altiplano*, La Paz, Plural, 2016, 370 pp.

Plural Editores de La Paz ha publicado *El trotskismo boliviano. Revolución permanente en el Altiplano*, del profesor de historia estadounidense Steven Sándor John. El libro, basado en la tesis doctoral del autor (University of New York, 2006), aborda la historia del trotskismo en Bolivia desde sus orígenes, a mediados de la década del 30 del siglo pasado, hasta el ascenso de Evo Morales al gobierno en el año 2006. Se trata de una investigación rigurosa y exhaustiva, cuyo valor superlativo está dado por la cantidad enorme de fuentes consultadas. El autor utilizó un total de 53 entrevistas, realizadas a dirigentes y activistas trotskistas entre 1992 y 2007. La otra herramienta fundamental es el trabajo de archivo practicado en Bolivia, Francia y Estados Unidos.

Sándor John sostiene que el trotskismo fue capaz de producir en Bolivia ideas que ejercieron efectos duraderos, contribuyendo a forjar la identidad de los mineros y campesinos radicalizados del país. Su hipótesis fundamental, a partir de la cual estructura la obra, es que el trotskismo tuvo que lidiar con otras corrientes político-ideológicas, como el indianismo, el comunismo stalinista, el guevarismo, pero la dificultad fundamental con la que tropezó para llevar a la práctica su ideario estribó en su incapacidad para superar la corriente nacionalista, que encarnada en dirigencias civiles o militares una y otra vez se interpuso en su camino.

El centro de la discusión política planteada por el autor estadounidense es el Frente Unico Antiimperialista (FUA), cuya adopción por los trotskistas bolivianos explicaría, según él, sus recurrentes capitulaciones

ante el nacionalismo. En su opinión el FUA implica invariablemente acuerdos programáticos con fuerzas burguesas, resultando por tanto antagónico a la concepción de la revolución permanente de Trotsky.

Desde esta perspectiva, va enhebrando sus críticas a la intervención del Partido Obrero Revolucionario (POR, fundado en 1935). Aún su logro más importante – en 1946 la adopción de la Federación Sindical Trabajadores Mineros de Bolivia (FSTMB) de la Tesis de Pulacayo, redactada por Guillermo Lora, dirigente histórico del POR– habría estado empañada por la sombra del nacionalismo. Sándor John cuestiona la estrategia revolucionaria definida en Pulacayo, señalando que no termina de deslindar posiciones con las concepciones etapistas, aún cuando la Tesis dice claramente que la resolución de las tareas democráticas y antiimperialistas pendientes será “sólo un episodio de la revolución proletaria”. Insiste, además, en que la adopción de la Tesis por los mineros fue el resultado de una alianza entablada por el trotskismo con Juan Lechín, jefe del ala sindical del Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR), alianza que en vez de profundizar la independencia política de los trabajadores contribuyó a fortalecer la influencia del MNR en el proletariado minero.

Las críticas arrecian con respecto a la intervención del POR antes, durante y después de los sucesos revolucionarios de 1952. Sándor John argumenta en forma convincente que el POR no intervino en forma orgánica ni coordinada en las decisivas jornadas de abril, por estar la mayoría de sus dirigentes exiliados o encarcelados, y demuestra que antes de la insurrección levantaba como consigna central “Constitucionalización inmediata del país mediante la entrega del mando a Paz Estenssoro, para cumplir la voluntad de las masas expresada en las elecciones de mayo de 1951” (anuladas por el gobierno militar). Esta política se profundizó al formarse el gobierno del MNR encabezado por Paz Estenssoro, después del triunfo de la insurrección de abril: los poristas, en vez de explotar las tendencias a la dualidad de poderes entre la Central Obrera Boliviana (COB) que controlaba las milicias obreras, y el gobierno del MNR, llamaron a apoyar “la fracción de izquierda del nuevo gabinete”, integrada por dirigentes de la COB que fungían como “ministros obreros”, cuya salida del gobierno no fue exigida por el POR.

La orientación general del trotskismo durante este período fue aprobada por el tercer congreso de la IV Internacional (1951), que incitó a la sección local a apoyar toda acción impulsada por el MNR tendiente a derrocar al gobierno oligárquico. En 1952, la política de apoyo crítico al gobierno del MNR y de presión sobre su ala izquierda, sin alentar un curso independiente para la acción de las masas, no fue objetada por la IV Internacional, dirigida por Michel Pablo.

Una de las partes más interesantes de la obra es el análisis de la

crisis del POR de 1954-1956. Surgieron dos grandes fracciones, que dieron origen a los dos principales grupos trotskistas que actuaron en las décadas posteriores: el POR Masas, dirigido por Guillermo Lora y el POR Lucha Obrera (posteriormente Combate), dirigido por Hugo González Moscoso. Al momento de la ruptura, la mayor parte de la fracción de Lora se integró al MNR. Pero el aporte sustancial de Sándor John es la reconstrucción de un tercer grupo hasta ahora ignorado, la Fracción de Cochabamba o Fracción Leninista, la más radicalizada, opuesta a toda forma de entrismo o seguidismo al nacionalismo, que en el plano internacional reivindicaba el *Programa de transición* de la IV Internacional. Este grupo fue duramente reprimido, sus dirigentes debieron exiliarse o esconderse y terminó disolviéndose.

Un balance de conjunto de las críticas del autor a la política del trotskismo en Bolivia durante estos años muestra ciertos desequilibrios en sus apreciaciones. Por un lado omite las autocríticas de Lora sobre la línea de su partido antes y después de 1952, expuestas en libros y publicaciones partidarias. Por el otro, ciertas críticas conceptuales, como las efectuadas a la Tesis de Pulacayo, lucen superficiales y sin fundamento. Cualquiera que hayan sido las dificultades del trotskismo boliviano para enfrentar el nacionalismo, no pueden empañar su contribución programática en la historia de la clase obrera boliviana. Con respecto al Frente Unico Antiimperialista, Sándor John opina que no expresa “la oposición intransigente a los regímenes nacionalistas burgueses exigida por la doctrina de la revolución permanente”. Es un tema controversial, sobre el cual el autor expresa una posición tajante sin plantear cursos alternativos. En un país como Bolivia, donde la interpelación antiimperialista cobró a lo largo de su historia una dimensión superlativa, la omisión constituye un problema importante.

Donde se expresa con mayor intensidad este problema es en el capítulo dedicado a la Asamblea Popular de 1971. Esta experiencia del movimiento obrero y la izquierda boliviana, en la cual el POR Masas tuvo relevante actuación, intentó recuperar la autodeterminación política e ideológica clasista, para no reiterar los errores de 1952, siendo brutalmente cancelada por el golpe contrarrevolucionario de Banzer. Sándor John se muestra excesivamente escéptico, afirmando que para lo único que sirvió fue para alimentar la confianza en los militares nacionalistas, que supuestamente repartirían armas al pueblo. Más que un razonado cotejo de las fuentes disponibles, su caracterización está signada por el rechazo al frente único, y su hipótesis acerca de la incapacidad de la izquierda boliviana de superar el nacionalismo.

El último capítulo del libro pretende cubrir el período trascurrido desde el ascenso de la dictadura de Bánzer (1971) al inicio del gobierno de Evo Morales (2006). La excesiva extensión temporal le quita la

intensidad que caracteriza los capítulos anteriores. Sin embargo, tiene algunos acápites verdaderamente interesantes. Entre ellos, la discusión que propone el autor sobre el Frente Revolucionario Antiimperialista (FRA), impulsado por el POR Masas en el exilio a fines de 1971, que nucleó a las organizaciones de izquierda con sectores nacionalistas (el partido de Lechín, los partidarios del general Torres). Es también notable la reconstrucción de la huelga de hambre impulsada por las mujeres mineras que marcaron el inicio del derrumbe de la dictadura de Bánzer, a principios de 1998, y aunque muy breve, resulta sugerente el análisis del último intento revolucionario de los mineros, la marcha a La Paz de marzo de 1985, enfrentando al segundo gobierno de Siles Suazo. El ritmo narrativo decae a partir de 1985, cuando se inicia el declive del trotskismo en Bolivia.

Intentando una valoración de conjunto de la obra, sus virtudes superan con creces sus defectos. Es un libro que tiene la importancia superlativa de restituir el trotskismo en la historia de Bolivia, en un momento donde se intenta reescribir la historia de sus clases subalternas dejando de lado algunas de sus tradiciones más valiosas. Como dice el autor, el suyo es un vibrante homenaje a los mineros bolivianos y a los hombres y mujeres que compartieron su historia.

Juan Luis Hernández (UBA-UNR)

* * *

Nicolás Iñigo Carrera, *La otra estrategia. La voluntad revolucionaria (1930-1935)*, Buenos Aires, PIMSA-Imago Mundi, 2016, 352 pp.

“De manera que, si bien la alternativa de incorporarse al sistema encuentra condiciones favorables en el momento por el que transita el capitalismo argentino, la que pretende superarlo también existe, se expresa en la huelga general y es seguida por la clase obrera y otras fracciones del pueblo”. De este modo cerraba Nicolás Iñigo Carrera su libro sobre *La estrategia de la clase obrera. 1936*, enunciando lo que denomina la existencia de una estrategia de la clase obrera que tiene como meta superar el sistema capitalista. Justamente a su análisis se dedica *La otra estrategia. La voluntad revolucionaria (1930-1935)*: “El triunfo de la estrategia reformista dentro de la clase obrera no debe hacernos perder de vista la existencia de esta otra estrategia, si es que queremos dar cuenta de la complejidad del proceso histórico real” (p. IX). A dicho objetivo se aboca a lo largo de una “Introducción” y doce